

que Abellán da una respuesta positiva, que justifica con un amplio tratamiento del tema del erasmismo en nuestro país. Una parte muy importante de este segundo tomo se dedica a la exposición de las reacciones intelectuales ante el descubrimiento de América. Otra parte del volumen se dedica a la llamada escolástica española y su función como núcleo doctrinal de la Contrarreforma. Se tratan detalladamente la Compañía de Jesús y el papel de los jesuitas en el Concilio de Trento, la formulación de la teoría cuantitativista en el orden económico, las aportaciones al desarrollo de la lógica, la polémica "de auxiliis" sobre la gracia y la libertad y la filosofía de Francisco Suárez. El pensamiento político del siglo XVI ha sido desgajado de este segundo tomo y su estudio se anuncia en el tercero, que tratará del Barroco y la Ilustración (siglos XVII y XVIII). El cuarto tomo está previsto sobre la Edad Contemporánea (siglos XIX y XX).

En resumen, nos encontramos ante un gran libro que habrá de tener a mano en la biblioteca para leer, releer, anotar, meditar y aprender. ■ P. F.

### Sobre los vascos y por un vasco

JUAN Pablo Fusi Aizpurúa es un miembro destacado de la nueva generación de auténticos historiadores del proceso político y social que incidió sobre España en esa etapa que en nuestros colegios nos designaron como contemporánea. Es una generación que se une a aquellos que ya se han convertido para nosotros en clásicos, como Tuñón de Lara, García Venero, Carlos M. Rama, etcétera. Forma parte de quienes, en buena medida, se han visto desprovistos de la car-



Juan Pablo Fusi.

ga emocional que las condiciones políticas del franquismo han hecho incidir en otra cohorte de historiadores, tales como Tusell o Elorza. Juan Pablo Fusi se ha encontrado, por su edad y por su formación, en bastantes buenas condiciones para actuar con objetividad y desapasionadamente en las funciones de historiador. La circunstancia de poder preocuparse de España fuera de España —es director de un centro de estudios ibéricos en la Universidad de Oxford— le aporta la más eficiente de las posibilidades de estudiar la Historia española contemporánea.

Al analizar el problema vasco en la Segunda República (1), Fusi deja constancia de un juicio de valor que está lejos de ser compartido por algunos vascos, lo cual ni afirma ni niega su veracidad de que el País Vasco es una sociedad (y una nacionalidad) plural que, por serlo, necesita democracia política, plena toleran-

(1) Juan Pablo Fusi Aizpurúa. El problema vasco en la Segunda República. Ed. Turner, Madrid, 1979. 145 páginas.

cia cultural y una política de conciliación y entendimiento entre sus principales fuerzas políticas (y entre éstas y Madrid).

En lo que respecta al nacimiento del nacionalismo vasco, admite las dos tesis de que surgió como reacción ante la amenaza que para la identidad cultural vasca supusieron la industrialización y la inmigración masiva de trabajadores no vascos —"los maketos, suprema plaga, nuestros moros, chinos"... como los designara Sabino Arana— o que el Partido Nacionalista Vasco dio expresión política a la intranquilidad de las católicas clases medias ante la conflictividad laboral, la aparición de un fuerte movimiento socialista y la honda alteración social producida por la presencia de amplios núcleos de población ajenos a la idiosincrasia vascongada. Aunque todo ello sobre la base de la acusada conciencia particularista de la región agudizada por la abolición de los fueros. Por otro lado, reconoce que las divergencias entre las diversas fuerzas políticas que intervinieron en pro o en contra de la búsqueda de soluciones pa-

ra el País Vasco —recuerda que Euzkadi es un término acuñado a principios de siglo— tenían hondos raíces históricas y sociales que ver con el distinto grado de vasquización de las provincias vascas —¿y qué decir de Navarra?— como de su diferente castellanización, el hecho de no haber existido nunca una entidad política vasca independiente y la singularidad histórica de Navarra o la circunstancia de que algunas capitales vascas se convirtieran en el siglo XIX en centros de un liberalismo a la vez fuerista y españolista.

Pero la principal tesis que se deduce del libro de Fusi es que la frustración del Estatuto vasco durante la República se debió principalmente a la actitud del PNV, que no supo escoger a sus aliados, y que mantuvo unas desafortunadas actitudes, como, por ejemplo, su inicial alianza con los carlistas o el querer imponer en el Estatuto de Estella el reservar al gobierno autonómico resultante el monopolio de las relaciones con la Santa Sede, lo que, aparte de lo anecdótico, lo hacía entrar en contradicción con la tónica laicista de la Segunda República, y asignaba un carácter absolutamente anticonstitucional al proyecto. Igualmente, es pródigo en argumentos que avalan que ni la izquierda del País Vasco, ni la "democracia española" eran contrarias a la fórmula autonómica, y sí, por el contrario, muy favorables a ella. Opina que la incompreensión fue más importante por parte del nacionalismo vasco que por la de la izquierda española. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

### Rousseau o el disenso

EN el espacio mental del siglo XVIII, el camino de acceso a la inteligibilidad del mundo pasa no por el sentimiento, sino por la



BANCO ZARAGOZANO

Razón. La vía real del conocimiento no es —como en el corazón del mundo medieval lo fue, como en el romanticismo va a serlo— la síntesis mística o la intuición sensible, sino el método analítico. La *Philosophiae naturalis principia mathematica*, de Newton, impregna toda la racionalidad de la época. Una racionalidad que plantea la verdad en términos cuantitativos —antes de que Holderlin escribiera "pero la verdad la fundan los poetas"— y que no aspira ya a descubrir las esencias de las cosas, sino a revelar las relaciones matemáticas que existen entre los fenómenos. Una racionalidad, pues, cuyo objetivo no es transformar el mundo, sino comprenderlo. No cabe, por tanto, en este Universo otro Dios que el de la ciencia ni otra religión que la de la Razón. Y los filósofos, los nuevos filósofos, convierten su destino de pensadores del cielo de las ideas en el de propagandistas de la tierra prometida de la ciencia: de metafísicos o escolásticos pasan a transformarse en racionalistas militantes. Racionalistas de un racionalismo —el de la mensurabilidad, el de la cuantificación del mundo— del que nadie parece disentir y al que todos parecen adorar. En medio de este aparentemente armónico panorama, y antes de que la revo-

lución de 1789 destruyera —siquiera por un breve tiempo— apariencias e ilusorias armonías, Juan Jacobo Rousseau, hombre también del Siglo de las Luces y, como ellos, encarnación de un universo intelectual cuyo blanco no es la especulación, sino el combate por las ideas, rompe el consenso de sus contemporáneos y abre una brecha profunda en la *intelligensia* de la época. Es una ruptura y un desafío. Un vuelco, en alguna medida, de ese universo intelectual. Para empezar, un cambio radical de la perspectiva en que hombre y mundo se contemplaban. No se trata ahora de fijar los límites de lo humano en la Razón, sino, al contrario, de fijar los límites de la razón en lo que es humano. Frente a la pasión de la Razón, la razón hecha pasión. Una pasión devorante —la de un hombre que de sí mismo dice que aprendió antes a sentir que a pensar—, cuyo mensaje final, auténtico y ardiente proyecto moral, es apartar a los hombres de la corrupción y de la pérdida de sí mismos y mostrarles el camino de su reencuentro y su felicidad. La Naturaleza hace al hombre bueno y feliz, pero la sociedad, entendida como pérdida de los orígenes, le envilece, le degrada y le corrompe. Más que condenar la Razón, la que ha producido esos progresos de las

ciencias y las artes, la que en definitiva ha producido esa sociedad, lo que el proyecto rousseauniano encara es su desmitificación. Eso no es realmente el progreso. Eso no es tampoco la razonabilidad que debe habitar lo humano. No. Por el contrario, el progreso está detrás, no delante. Es en el estado de naturaleza, cuando todavía no se ha producido el despliegue de esa Razón, la de los pensadores y la de los sabios, la de los filósofos, falsos filósofos, donde se encuentra la razón humana. Tal es la dialéctica final que Rousseau quiere comunicar a lo largo y a lo ancho de toda su obra. Con textos que son armas, Rousseau disiente: contra el progreso de las ciencias y las artes la acumulación de riquezas a que da lugar, contra las instituciones sociales y políticas vigentes, contra la institución de instituciones, el Estado, máscara de la dominación, contra la desigualdad, la explotación y la injusticia que encubren y producen, contra el progreso que las modela y en que se fundan, contra la negación, en aras de la ilusión de la ciencia, del sentimiento religioso en el hombre, contra todo lo que organiza ese sistema y contra todos los que lo propagan y alimentan.

En estos "Escritos de combate" se han seleccionado las obras más directamente militantes de Rousseau: además de numerosas "Cartas" y "Respuestas" —entre las primeras la "Carta al abate Reynal", la célebre "Carta al señor D'Alambert" y la espléndida a Christophe de Beaumont, probablemente no traducida hasta ahora en nuestro país—, el "Discurso sobre las ciencias y las artes", el "Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres" y el "Contrato social". Parece inútil insistir sobre la actualidad que en estos confusos, inciertos y seguramente envilecidos tiempos tienen para el lector de hoy estos textos. Romántico antes del romanticismo, crítico de la cultura antes de Nietzsche, crítico del saber como forma de dominación antes de la crítica de la ciencia y del análisis de las formas ideológicas del dominio, primer pensador que con anterioridad a Marx describe fenomenológicamente lo que después va a conocerse, en terminología hegeliana, como alienación y adelantado, en fin, de la visión del Estado como su-

perestructura, Rousseau, dos siglos después de su muerte, sigue siendo nuestro contemporáneo. Porque, pese a los aspectos más retóricos de su obra, y más allá de las disquisiciones sobre el carácter reaccionario o progresivo de su crítica de la cultura y de su llamada a la vuelta a la naturaleza, el tema último que en ella late —la humanización del hombre y su reencuentro consigo mismo, la recuperación de su verdad perdida en el espejo de lo otro y los otros— no ha dejado de ser, y hoy más que nunca es, cuestión fundamental, quizá la más fundamental de las cuestiones de nuestro tiempo. De ahí la inquietud que estos textos nos provocan.

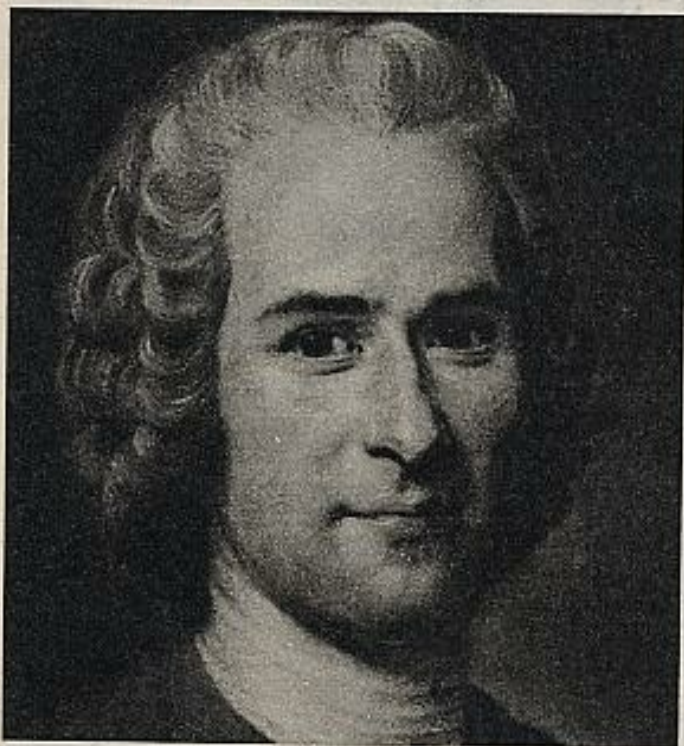
En cuanto a la edición de Alfguara, cabe decir que tanto la selección como el aparato de notas, a cargo del traductor, Salustiano Maso, y la traducción misma alcanzan unas altas cotas de calidad y rigor. La prosa rousseauniana, prosa de un pensador que es también un literato, prosa modelada con voluntad estética de estilo, es aquí recogida en un estupendo castellano sin perder un ápice de su hiriente expresividad y del centelleo de sus encadenamientos. Notable trabajo, notable edición (1). ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

## La agresividad humana

DESDE hace muchos años estoy preocupado por este tema de la agresividad (2). Creo que es la clave de la sociedad actual. Lo mismo en el mundo social que en el cultural, político, religioso, económico o incluso biológico estamos viviendo una inflación del proceso agresivo. Guerras, torturas, terrorismo, enfrentamientos cruentos de individuos o grupos y violencia estructural de los regímenes políticos son las características de una época que siempre tiene en los labios las palabras idealistas de paz, convivencia, libertad y derechos humanos. Y, al final, nin-

(1) De Rousseau acaba de reeditarse "Las confesiones". Colección Selección Austral. Editorial Espasa-Calpe.

(2) Jacques Van Rillaer: "La agresividad humana". Ed. Herder. Barcelona, 1978.



Juan Jacobo Rousseau.